

diencia, justamente debidos á los padres, exigen se consulte con ellos, y se proceda segun su voluntad, siempre que sean racionales y obren tambien segun la voluntad de Dios, y no segun su capricho y mal humor: así lo practicó el jóven Isac con su padre Abraham. Este padre, llamado por antonomasia el Justo, dictó todas las órdenes convenientes para el matrimonio de aquel hijo tan sumiso y obediente, que casi ninguna parte tuvo en la eleccion. Abraham mandó á Eliezer, mayordomo de su casa, á un pais muy distante, para que trajera esposa á su hijo.

Parte para la Mesopotamia á la ciudad de Nachor, y descansando cerca de ella, junto á un pozo de agua, al caer la tarde, tiempo en que solian las mugeres salir á sacar agua, se pone el anciano mayordomo en oracion: ¡qué ejemplo para los criados! ¡y qué confusion para los de nuestros dias! *Aun no habia acabado de orar, dice la Escritura, cuando hé aquí á Rebeca, hija de Bathuel, hijo de Melcha; muger de Nachor, hermano de Abraham, que salia trayendo el cántaro sobre su hombro, moza de buen parecer, y virgen muy hermosa.* ¡Qué eficacia la de la oracion del justo! Habla con ella, la observa en silencio, y conociendo ser la señalada por el Señor, pasa á la casa de sus padres, les refiere lo que le ha pasado; ellos conocen ser la voluntad de Dios: *Del Señor ha salido esta plática; no podemos hablar contigo otra cosa, sino lo que á él place. Ahí está delante de tí Rebeca; tómala, y véte, y sea muger del hijo de tu amo, como lo ha dicho el Señor.* Oido esto por el criado, dió gracias al Señor, y levantándose otro dia de mañana, pidió se le despachase para volver á su amo, como se verificó, conduciendo el anciano á la jóven doncella á la casa de Abraham.

¡Qué lecciones de confianza, de ternura y de obediencia nos dá Isac! Sí, él estaba seguro en que habia de recibir de mano de Dios la muger que le estaba destinada por su divina Magestad; pues que habiendo salido de su tienda al caer el sol, solo se empleaba en meditar y orar á Dios en medio del campo, cuando volviendo la vista conoce al intendente de su padre que le traia una esposa á quien habia de amar fiel y tiernamente. ¡Oh, qué ejemplo tan digno de ser imitado! ¡Mas qué pocos son los que, como Isac, piden á Dios les de una compañera fiel en sus promesas, constante en los trabajos y fuerte en las adversidades! ¡Qué pocos los hijos que escuchan con docilidad la voz de sus padres, solícitos siempre en su

bien, como que los consideran como partes de sí mismos! Antes al contrario, si no se empeñan en oponerse á su voluntad expresa, y aun á veces altaneramente, seducidos con las ideas que se llaman del dia y de liberalismo, que no son sino ideas antiguas de todos los siglos de maldad y de la mas vergonzosa servidumbre, procuran á lo ménos el ocultarle su pasion hasta que ya no pueden! ¡Y cuáles son las consecuencias de esta falta! La primera es, que ya no se entra á tan santo enlace con la debida disposicion: que al objeto que tanto se idolatra, á pocos dias ya no se ama, á pocas semanas se vé con indiferencia, y á pocos meses hasta se odia, procurándose por alguno de los dos, ó por ambos su separacion. ¡Y qué malos ratos á las familias: qué escándalos á la sociedad! No nos cansemos: si hemos adelantado en la física, nos hemos atrasado en la moral. Todo esto no quiere decir que se siga ciegamente la voluntad caprichosa de algunos padres que solo se mueven por el interes; ó que los jóvenes se enlacen con la que ni aun conocen, ó á que no tienen afecto, no; pero sí que para proceder con circunspeccion y madurez, es necesario valernos del consejo de aquellos que por su edad y experiencia están ménos expuestos á engañarse, y que por el amor que nos tienen nos han de aconsejar mejor. A esto se añade la obligacion en que están todos los hijos por las leyes civiles, de pedir y obtener hasta ciertas edades el consentimiento de su padre, madre, tutor, &c., y de pedirlo solo en la edad mayor. Pues si esto es por lo que respecta al fuero externo, ¿qué será por lo tocante al de conciencia, mas delicado y ajustado á mas estrechas reglas?



DIA CUATRO.

Santa Bárbara, vírgen y mártir, y San Melesio, obispo.

SANTA BARBARA. VIRGEN Y MÁRTIR.

Santa Bárbara, natural de Nicomedia, en Bitinia, nació á mediados del siglo III. Su padre se llamaba Díoscoro; era pagano, adicto á las ridiculeces y supersticiones gentílicas hasta el delirio, y de un natural tan feroz y extravagante, que temeroso de que alguno amase á su hija tanto como él, por ser en extremo hermosa, la en

cerró desde muy tierna con algunas criadas en un cuarto que hizo construir sobre una alta torre, y le puso maestros que cultivasen su talento. El ordinario entretenimiento de la Santa en aquel encierro, era contemplar la innumerable multitud de estrellas, los astros y planetas que hermocean la bóveda celeste, el curso regular de las estaciones y arreglada armonía de toda la naturaleza. Esta noble ocupacion elevó tanto su espíritu, que no pudo ménos de llegarse á convencer de la existencia de un Sér Supremo, y de la vanidad de sus dioses.

A la sazón que Bárbara abría los ojos á la luz de la razón, llegó á sus oídos la justa celebridad de Orígenes, que por sus talentos y doctrina brillaba en la Iglesia como antorcha lucidísima; y movida la Santa de su reputacion, se proporcionó algunas instrucciones de él, por las cuales, quedando convencida de la divinidad de la religion cristiana, la abrazó y recibió el bautismo. Propúsose vivir en el exacto desempeño de las obligaciones que habia contraído en él, y se resolvió á guardar la virginidad, como la virtud mas apreciable. Vivía ya la Santa cumpliendo fielmente sus propósitos, cuando Dióscoro, tentado de la avaricia, se resolvió á casarla con un sugeto muy rico que la pretendía: propúsole el partido de una manera tal, que pudiese interesarla; mas la virtuosa jóven tambien supo rehusarlo con destreza, de suerte que él no quedara disgustado. En efecto, Dióscoro no se incomodó ni quiso violentarla, conservando las esperanzas de conseguir su intento. Parecióle que el encierro en que habia criado á su hija era la causa de que estuviese disgustada del mundo; y para excitar sus pasiones, pensó hacerla que entrase en sociedad con toda clase de gentes.

Al efecto adornó su casa magníficamente: colocó en ella muchos ídolos y ordenó á Bárbara bajase á vivir allí. Al entrar la Santa, quedó sorprendida de ver en la tapicería representados los pasages de los hechos fabulosos de las pretendidas divinidades de los gentiles; y con un celo cristiano, no solo se burló de aquellas ridículas figuras, sino que reconvenida por su padre, intentó con valor persuadirlo de la insensatez del paganismo, y lo conforme á la razón de la creencia cristiana, en un solo Dios, Sér Supremo, criador y conservador de todas las cosas, y el único digno de todo respeto y veneracion.

Dióscoro, encendido en furor con tal razonamiento, y olvidado de los sentimientos de padre, voló á tomar una espada para matar á su hija, jurando por sus dioses que él mismo habia de ser su ver-

dugo. Bárbara, que no ignoraba de lo que era capaz su padre, creyó deber quitarle la ocasion de cometer un parricidio, y corrió por un campo buscando un asilo donde ocultarse. Lo halló en efecto; pero al fin no pudo escapar del furor de Dióscoro que fué en su seguimiento, y que aunque la perdió de vista, tuvo noticia de que se habia escondido en cierta cueva. La sacó de ella de la manera mas inhumana, y discurriendo que por las vias legales quedaria impune su venganza, la presentó ante el presidente Marciano, acusándola de ser cristiana. El juez quedó prendado de la hermosura y modestia de la doncella; mandó que le quitaran los cordeles con que se la presentaban atada, afeando el trato bárbaro de su padre; y despues de haber engrandecido su belleza, su talento y demas méritos, moviendo con destreza los resortes mas poderosos, que podían captarle la benevolencia de la jóven, le propuso que abjurase la religion cristiana, y que reconociese á los dioses del imperio. La Santa entónces desplegó sus lábios, y habló con tanta fuerza y energía sobre la nada de los bienes mundanos con que se trataba de lisonjearla, y sobre la vanidad de los ídolos, que el juez y los asistentes quedaron asombrados, y al mismo tiempo convencidos de que seria inútil pretender doblegarla. El magistrado no hubiera pasado adelante; pero temiendo caer en desgracia del emperador, mandó que la azotaran, y que despues la encerraran en un calabozo vestida de un cilicio de cerda; lo que la mortificó demasiado, porque los azotes le habian despedazado todo el cuerpo: pero en la prision fué confortada por Jesucristo y curada de todas sus llagas.

Al dia siguiente la hizo comparecer Marciano ante su tribunal, y como la viese contenta y perfectamente sana, quiso persuadirla de que su salud la debia al poder de los dioses; pero Bárbara le contestó movida á compasion de su error: *Señor, ¿sois tan ciego que creais que unos ídolos que necesitan de la mano de los hombres para ser lo que son, hayan podido obrar este prodigio? Ninguno de vuestros falsos dioses tiene poder para tanto: quien me ha curado ha sido solo Jesucristo, vuestro Dios y mio. Aunque hagais piezas mi cuerpo, el que me ha dado la salud puede tambien darme la vida. Yo le haré sacrificio de la mia, segura de vive con el eternamente en el cielo, quien muere aquí por su amor.* El juez se llenó de furor al oír esta respuesta, y mandó que la desgarrasen con uñas de hierro, y que despues le quemasen los costados con hachas encendidas. **Miént**ras se ejecutaba este cruel y horroroso su-

plicio, la Santa se mantuvo con serenidad, y la única queja que se le oyó fué una plegaria fervorosa que dirigió al cielo pidiéndole que la confortase.

Esta oracion, y la constancia de la heróica cristiana, irritaron mas á Marciano hasta resolverse á mandar que la decapitasen, despues de haber ordenado que le cortasen los pechos. Dióscoro, que se habia hallado presente á tan inhumanos suplicios, no quedó satisfecho con que su hija los hubiera padecido, ni con que hubiese sido condenada á muerte, sino que llegó su brutalidad hasta solicitar ser él mismo el ejecutor de la sentencia. Su peticion le fué otorgada, y con horror y escándalo de la naturaleza, quitó á aquella virtuosa jóven la vida, cortándole la cabeza. El cielo no quiso dejar impune la barbarie de tal padre, sino librar al mundo de semejante monstruo; así es que al bajar Dióscoro de la colina que habia sido el lugar del suplicio, y sin haber señales ningunas de tempestad, se oyó el estruendo de un rayo, que lo mató al momento. Algun tiempo despues sucedió lo mismo al presidente Marciano; y por esta circunstancia es invocada Santa Bárbara en toda la Iglesia contra los rayos, así como para alcanzar de Dios la gracia de no morir sin los últimos sacramentos.

### San Melesio, obispo.

Tenemos el sentimiento de carecer de noticias de la vida de San Melesio, obispo. Solo sabemos que floreció en el Ponto, que fué sin duda la Iglesia de que era pastor. Su sabiduría era muy celebrada en el Oriente; pero su virtud y la inocencia de su vida lo ilustraron mas y le dieron mas nombre. No es apreciable una prenda que solo sea estimada de los hombres; y tal es la sabiduría sola sin la virtud; pero sí es digna del mayor aplauso aquella que sea aprobada y estimada de Dios, y tal es la virtud. Si una y otra se encuentran juntas en un hombre, se llenó en él todo el mérito y llegó á su colmo su felicidad; porque es oráculo de Cristo, que el que hiciere y enseñare, será grande en el reino de los cielos.

*La Epístola es del capítulo LI del libro de la Sabiduría. (Eclesiástico.) (pág. 563.)*

Yo te glorificaré, ó Señor y Rey, y te alabaré, ó Dios Salvador mio. Gracias tributaré á tu nombre &c.

*El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo. (pág. 159.)*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, &c.

### MEDITACION.

*Sobre la generosidad con que se debe sacrificar todo por Dios.*

Considera que con razon se regocija la Esposa de Jesucristo al verse regalada con el anillo de su desposorio, y ceñidas sus sienes con la corona con que la decora su Esposo; pues no hay ni puede haber cosa mas deliciosa y de placer mas esquisito que el amor de Jesus en calidad de Esposo, y por consiguiente las prendas y signos con que se celebra el desposorio; mucho mas cuando estas son tales que exceden de la materia y de la naturaleza, pues se reciben en el espíritu y son dones de gracia. Este anillo no es otro que el de la caridad divina, que nos liga y enlaza con Jesus, y esta corona el premio del amor. Para el hombre carnal que no conoce ni sabe tener mas aficion que á lo sensible y material, nada son y nada significan estos conceptos sublimes; mas para la alma espiritual, para la alma poseida del amor de Jesus, son de un lleno y consuelo inesplicable. ¿Qué puede en ella el amor de los hombres, ni las riquezas todas, ni las pompas y grandezas del mundo? Todo para ella es vano, todo inútil, todo insípido y falso; y solo real y verdadero, el amor de Jesus, que al mismo tiempo que le comunica una bondad real y excelentísima, la hace poseedora del corazon dulcísimo de su Esposo. Bien tan inestimable, preciso es que se desee con ansia, que se busque con solicitud, y que se trate de adquirir aun á costa de los mayores sacrificios.

Considera que en efecto no se pararon los Santos en sacrificio alguno por adquirir el tesoro inestimable del amor de Jesus. Poco fué para Bárbara la renuncia de las riquezas todas de su casa, poco el desprendimiento del amor de su padre, poco el dolor y la vergüenza de los tormentos con que se le affigió, poco la misma vida que valerosa dió con su cabeza: se trataba de ganar el corazon de su Jesus: se trataba de afirmar para siempre el desposorio de su amado, que habia sido para ella un Esposo de sangre, y para quien ella debia ser una esposa de sangre: se trataba de ceñir para siem-

pre la corona de la inmortalidad, mucho mas apreciable por la excelencia del desposorio, que por la grandeza y el mérito que comunicaba á la esposa. ¿Pues qué es lo que detiene, dice la invicta Bárbara, qué es lo que demora ese golpe mortal con que una mano parricida ha de dividir mi cabeza? Llegue en buena hora; ejecútese el golpe, no le temo: ántes ansío por él, porque va á ser no un golpe de muerte, sino un aliento de vida; no una seccion que disminuya mi tamaño por la amputacion de mi cabeza, sino un aumento que me engrandezca; no una separacion que me divida del miembro mas importante y esencial, sino un rápido vuelo que me lleve hasta el trono de mi amado, y me una para siempre con aquel que es mi verdadera y sagrada cabeza. ¡Ah! ciertamente que no fueron otros los sentimientos de Bárbara, ni son otros tampoco los de las almas justas, amantes y generosas, que desprecian al mundo, se renuncian á sí mismas, y ven todas las cosas como estiércol, por ganar y adquirir el amor y la posesion de su Dios.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y qué es en efecto, Dios de verdad y de sabiduría, qué es todo el mundo sino una sombra vana que huye delante de nosotros? Todo él en tu presencia es como si no fuese, y á maravilla debe tenerse que te dignes poner en tu criatura tus ojos y tu corazon. ¡Ah Dios mio! Conozca yo tu grandeza y la excelencia de tu amor, y la dulzura de tu desposorio, y lo apacible y suave de tu posesion: conozca yo que este es mi verdadero y único bien, y conociéndolo, lo ame, y amándole, lo busque y solicite á cualquiera costa, aun de mi misma existencia.

#### JACULATORIA.

Tu amor, Dios mio, es la margarita preciosa, y para comprarla, debo y quiero vender toda mi hacienda.

#### LECCION.

*Continúa la materia de la precedente.*

Despues que se ha conocido que se tiene vocacion, y vocacion particular para el matrimonio, es necesario proponerse en él un fin honesto. Uno de los objetos que debe proponerse el que se casa, es el formar una santa compañía con su consorte, ayudarse mútu a

mente en las necesidades de la vida, y con mas particularidad en todo lo perteneciente á su salvacion. Para obtener este fin, es preciso hacer una eleccion prudente, atender mas á la virtud que á las riquezas de la persona con quien tratamos de unirnos; dichoso es el marido de la muger buena, porque doble será el número de sus años. La muger fuerte es el recreo de su marido, y le llenará en paz los años de su vida. La muger buena, es la parte buena, la parte de los que temen á Dios, que se dará al varon por sus buenas obras. Una muger de buenas costumbres lleva consigo la dote. Es preciso guardar tambien en cuanto sea posible, la igualdad en la edad; y si esta no se puede conseguir, que el hombre sea mayor que la muger, y no al contrario; igualdad en los caudales, en la clase, en el genio y en las inclinaciones. Esta igualdad es el cimiento de la union conyugal que estrecha mas los corazones de los dos esposos; y por el contrario, cada dia vemos que los matrimonios celebrados sin estas circunstancias, tienen por lo comun lastimosas consecuencias.

Otro objeto que se debe tener en el matrimonio es tener hijos para educarlos cristianamente. *La muger se salvará por la generacion de sus hijos y por su buena educacion*, dijo el Apóstol. Del mismo modo el marido conseguirá su salvacion, viviendo santamente en el matrimonio, como se lo dijo el ángel San Rafael á Tobias el jóven cuando le aconsejó tomase á Sara, hija de Raquel, por esposa.

Puede tambien llevarse al matrimonio otro objeto, aunque menos noble que los anteriores, propio de la naturaleza humana, corrompida por el pecado del primer hombre, y es buscar en él un remedio. El que conoce su flaqueza, cásese, pues este es un remedio permitido á los que no tienen aquellas fuerzas necesarias y angelicales para guardar continencia; y en esto se seguirá el consejo de San Pablo: *Bueno seria á un hombre no tocar muger; mas para evitar el pecado, cada uno tenga su muger y cada una tenga su marido. Mas esto digo por indulgencia, no por mandamiento: mas cada uno tiene de Dios su propio don; el uno de una manera, y el otro de otra. Digo tambien á los solteros y á las viudas, que les es bueno si permanecen así, como tambien yo; mas si no tienen don de continencia, cásense; porque mas vale casarse que quemarse.*

Estos son los fines que se debe proponer cada uno para entrar al

estado del matrimonio. ¿Y son estos los que se llevan por lo común? Es claro que no. El siglo y las halagüeñas ideas que se tienen de él, hacen que casi todos los hombres no piensen en ellos; la mayor parte, entre los de la alta esfera, no tienen otra mira que una pasión ciega de ambición y de interés: otros de estos y el resto de los demás, no llevan otra, sino la impureza que los devora. ¿Y extrañaremos después de esto ver entre los casados no de años, sino de días, tantas disensiones, observar tantas riñas, y saber de tantos divorcios vergonzosos, y de otros desórdenes que arruinan las familias mejor establecidas, que constituyen á los mejores hijos, y que perjudican á toda la sociedad? La razón es bastante clara; y es que semejantes matrimonios se disponen mal, comienzan mal, y acaban peor: el demonio los hace, y Dios los reprueba.

La tercera disposición que se debe tener para entrar en dicho estado, es una gran pureza de costumbres. ¿Quieres hallar, joven libertino, que tanto mal hablas de las jóvenes, que no ves en ellas sino mugeres ruines, quieres, repito, hallar una esposa casta, sólo tú, y no manches tus juveniles años con los desórdenes comunes á los de tu edad y opinión. Una muger virtuosa es una rica herencia; pero herencia propia de los que temen á Dios; y según la Escritura, sólo es concedida á los que la merecen por sus buenas obras. *La muger buena es la parte buena, la parte de los que temen á Dios, que se dará al varón por sus buenas obras: ya sea rico, ya sea pobre gozará de tranquilidad de corazón, el rostro de ellos alegre en todo tiempo.* Mas al contrario, si vives en el desorden y en la disolución, encontrarás, una esposa de costumbres tan corrompidas como las tuyas. Es indispensable tener una vida arreglada para merecer una compañera que la tenga también. Cuando esté cerca el tiempo de unirse con el sagrado lazo del matrimonio, deben los contrayentes abstenerse de toda disipación, evitar entre sí toda familiaridad contraria al bien parecer y honestidad cristiana, emplear el tiempo de los esponsales en santas obras para disponerse á recibir la gracia del sacramento del matrimonio. ¿Y es esto lo que se practica? ¡Ah! No, por desgracia, estas son ridiculezas del siglo pasado, decís; ya esto no se usa. Inconsecuencias precisas, lector mío, del siglo presente. Decidme por vuestra vida, ¿no estais cada día proclamando los principios de juicio, de madurez, criticando al mismo tiempo á nuestros padres de superficialidad é insensatez? ¿Y qué mayor superficialidad é insensatez que la que

